

“NO SE NACE MUJER... Y JAMÁS SE LLEGA A SERLO”. DIMENSIONES CORPORALES / FIGURACIONES DE GÉNERO

Ariel MARTÍNEZ*

Fecha de recepción: 13 de julio de 2017

Fecha de aprobación: 28 de septiembre de 2017

Resumen

El presente artículo traza un amplio recorrido en torno a la emergencia de la categoría de género. Se despliega su genealogía feminista y sus derivas (pos)feministas. Las torsiones de la categoría de género permite exponer la irrupción del cuerpo como un eje problemático, tanto en su vertiente teórico-epistemológica como ético-política. Se toman los aportes de Simone de Beauvoir como punto de partida de una cartografía que se traza en un texto continuo (sin apartados) para no interrumpir una mirada panorámica que prioriza la amplitud en detrimento de la profundidad. El valor reside en el recorrido en clave histórica,

* Doctor en Psicología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP – Argentina). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades graduado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP – Argentina). Docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y en la Facultad de Psicología de la UNLP (Argentina). Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Miembro del *Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género* (CInG, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales-CONICET/UNLP). Director del proyecto de investigación “Identidad de género y cuerpo. Entrecruzamientos conceptuales en el feminismo psicoanalítico norteamericano de finales de siglo XX”. Miembro del proyecto de investigación “Cuerpo, afecto y performatividad en prácticas artísticas contemporáneas”, dirigido por la Dra. Ana Sabrina Mora. Autor de diversos artículos en revistas nacionales y extranjeras sobre teoría feminista y estudios de género desde una perspectiva *queer*. Correo electrónico de contacto: amartinez@psico.unlp.edu.ar.

más que en la exégesis del pensamiento de las autoras utilizadas para tal fin, y en la reconstrucción de la trama que entreteje el problema del cuerpo antes enunciado.

Palabras clave

Cuerpo – género – sexo – Judith Butler – identidad – mujer – performatividad – vulnerabilidad – transgénero

'ONE IS NOT BORN... AND NEVER BECOMES A WOMAN'. BODILY DIMENSION / GENDER FIGURES

Abstract

This article exposes the emergence of the gender category. Emphasis has been placed on feminist genealogy and its later (post) feminist developments. The transformation of the category of gender allows the irruption of the body as a problematic axis, both in its theoretical-epistemological and ethical-political aspects. The contributions of Simone de Beauvoir are taken as a starting point of a cartography that is drawn in a continuous text (without sections) so as not to interrupt a panoramic view. Its value lies mainly in the historical review rather than in the exegesis of the authors referred to, and in the reconstruction of the plot that interweaves the problem of the body.

Keywords

Body – gender – sex – Judith Butler – identity – woman – performativity – vulnerability – transgender

I. Introducción

El presente artículo ofrece aportes teóricos de diferentes intelectuales con el fin de colocar en perspectiva histórica la irrupción de la categoría de Género en el campo del feminismo. Al mismo tiempo se señalan diferentes tensiones y problemas en relación con el estatuto ontológico del cuerpo. La indagación es producto de una investigación bibliográfica, se trata de un análisis de contenido cualitativo de superficies textuales canónicas. El recorrido parte de postulados fundamentales de dos corrientes del feminismo

europeo, divergentes en cuanto al lugar que asignan al cuerpo en la especificidad de lo femenino. Luego se acude al contexto norteamericano para dar cuenta el modo en que ha sido figurada 'la Mujer' como sujeto político del feminismo, al tiempo que se muestran las fisuras que irrumpen desde las voces marginales del propio movimiento. Desde allí se traza el deslizamiento desde la noción de Mujer hacia la categoría de Género. No sólo se señalan las ventajas de su incorporación en la teoría feminista, también se expone el problema del biologicismo que la categoría de género no termina de resolver. Se acude al pensamiento de Foucault para desterrar el problema del esencialismo del ámbito del cuerpo, y se detallan las refiguraciones en torno al género que Judith Butler realiza desde esta perspectiva. Se enfatiza el problema que supone la disolución del cuerpo en la dimensión discursiva. Por ello, finalmente, se apela al 'giro ético' que coloca nuevamente en el centro de la escena a la dimensión del cuerpo y su materialidad, esta vez reconsiderada.

II. Simone de Beauvoir / Luce Irigaray

Hacia finales de la década del '40, Francia fue testigo de la irrupción de *El segundo sexo*. Allí, la pluma de Simone de BEAUVOIR (2007) entrama, con notable lucidez, un conjunto de postulados explicativos que dan origen a una obra filosófica en cuyo epicentro se encuentra la situación de la mujer. Es así que las ideas de Beauvoir entrañan una relevancia indiscutible a la hora de ordenar y abordar la teoría feminista del siglo XX. Entre otros elementos conceptuales, nuestra pensadora nos dice que no es posible pensar la inscripción simbólica de la mujer en la esfera social sin acudir a la categoría de 'lo Otro'. El dualismo configurado a partir de 'lo Mismo' y 'lo Otro' organiza todo dato fundamental e inmediato, por tanto el signo de la división entre los sexos no es ajeno a este ordenamiento. Nuestra pensadora señala que el sujeto pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inessential, en objeto. Señala BEAUVOIR que (2007: 20):

[n]ingún sujeto se plantea, súbita y espontáneamente, como lo inessential; no es lo Otro lo que, al definirse como Otro, define lo Uno, sino que es planteado como Otro por lo Uno, al plantearse este como Uno. Mas, para que no se produzca el retorno de lo Otro a lo Uno, es preciso que lo Otro se someta a este punto de vista extraño.

De aquí en más la pregunta que emerge es por qué la mujer deviene en el lugar de 'lo Otro' y no del Sujeto. ¿A qué se debe la situación de la mujer que la somete a tal punto de no oponer, en tanto otra conciencia, una pretensión de reciprocidad que conlleve el despojo

del sentido absoluto que recubre a ‘lo Otro’ y oculta su relatividad? Como fuere, uno de los términos se afirma como el único esencial, y así niega el carácter relativo del término que le resulta correlativo. Es así que tal ordenamiento deja a la mujer en el lugar de alteridad pura. Las palabras de Simone de BEAUVOIR (2007) son claras al respecto (p. 18):

[e]l hombre se piensa sin la mujer. Ella no se piensa sin el hombre. Y ella no es otra cosa que lo que el hombre decida que sea; así se la denomina ‘el sexo’, queriendo decir con ello que a los ojos del macho aparece esencialmente como un ser sexuado: para él, ella es sexo; por consiguiente, lo es absolutamente. La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no este con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro.

En el marco de este planteo general, BEAUVOIR (2007) despliega en cada segmento de *El segundo sexo* líneas argumentativas convincentes que ponen en discusión la soberanía masculina. Los varones son quienes abren un porvenir colectivo, encarnan la trascendencia. La mujer “está destinada a la conservación de la especie y al mantenimiento del hogar, es decir, a la inmanencia” (p. 377). Sin embargo, aclara que “toda existencia humana es trascendencia e inmanencia a la vez” (p. 377). Nuestra pensadora deja en claro que la existencia de la mujer no está ontológicamente conminada a la inmanencia, más bien aquel lugar constituye un destino sostenido por la situación de la mujer en la sociedad. Si a esto sumamos la conocida afirmación: “[n]o se nace mujer: se llega a serlo” (p. 207), podemos afirmar: la inmanencia que los espacios sociales de subordinación –lo Otro– entretejen, no es patrimonio de la biología de los cuerpos de la hembra de la especie. De aquí en más las condiciones sociales de existencia inferiorizada no pueden ser adjudicadas al hecho de poseer un cuerpo biológicamente específico, sino más bien a las condiciones sociales de subordinación; y la posibilidad de conseguir la igualdad y reciprocidad entre ambos sexos depende –para Beauvoir– de que las mujeres abandonen los lugares socialmente asignados a ‘lo Otro’ y, de este modo, abracen la trascendencia, por lo tanto la igualdad.

Con perspectiva histórica podemos apreciar el modo en que la década del ‘70 ha mostrado relevancia en cuanto a los aportes realizados al movimiento y a la teoría feminista. Luce IRIGARAY (1995) —en un arco significativo de producción teórica— arriesga una propuesta diferente en cuanto a ‘lo Otro’. Irigaray denuncia la existencia de un modelo de sujeto singular, único parámetro normativo a partir del cual se ordenan las diferencias,

pensadas y experimentadas jerárquicamente. Esta perspectiva que subsume lo múltiple a 'lo Uno' conduce a considerar a (p. 7)

los otros [como] copias de la idea de hombre, una idea potencialmente perfecta, que todas las copias más o menos imperfectas debían esforzarse por igualar. Estas copias imperfectas, además, no eran definidas a partir de sí mismas, en otras palabras, como un subjetividad diferente, sino más bien en términos de una subjetividad ideal y en función de sus inadecuaciones con respecto al ideal.

IRIGARAY (1995) acepta y parte de la identificación que Simone de Beauvoir realiza entre la mujer y 'lo Otro'. Irigaray no acuerda con el rechazo de Beauvoir respecto con habitar la otredad. Ante el reclamo de Beauvoir que persigue la igualdad Irigaray muestra sus profundas disidencias (p. 8):

[d]esde el punto de vista de la filosofía, esa posición implica un retorno al sujeto único, históricamente masculino, y a la invalidación de la posibilidad de una subjetividad distinta de la del hombre. Si el trabajo crítico de Beauvoir acerca de la desvalorización de la mujer como 'secundaria' en la cultura es válida en cierto sentido, su rechazo a considerar la cuestión de la mujer como "otro" representa, filosófica y aún políticamente, una regresión significativa.

Luce IRIGARAY (2007) opta por la vía de la diferencia para una reapropiación de 'lo Otro' que conduzca a las mujeres a la construcción de una identidad propia, más allá del límite impuesto por la marca falogocéntrica que estructura lo simbólico. Elegir ser considerada Otra es, para Irigaray, defender el carácter irreductible de las mujeres con respecto al Sujeto masculino. Su planteo deja claro que aquello de la mujer que la hace diferente a lo masculino refiere a la especificidad del cuerpo femenino. Y es allí donde reside, a criterio de IRIGARAY (2009), la posibilidad de forjar un nuevo lenguaje, específicamente femenino, que permita a las mujeres capturar tal especificidad y hablar sin ser habladas.

Luisa POSADA KUBISSA (2006) señala el modo en que Irigaray vincula la morfología de los labios genitales como sitio específicamente femenino que permite pensar, metafóricamente, un *parler-femme*. El desafío político para Luce Irigaray —y el feminismo de la diferencia que a partir de allí comienza a tomar fuerza— no es la persecución de la igualdad.¹ Abandonar la otredad o la diferencia no es una opción, sino que la diferencia hable sin los términos del Sujeto falocéntrico. En palabras de IRIGARAY (2009: 159-60):

¿[c]ómo decirlo? Que de inmediato somos mujeres. Que no tenemos que ser producidas tales por ellos, nombradas tales por ellos, consagradas y profanadas tales por ellos [...]. Y que su(s) historia(s) constituyen el lugar de nuestra deportación. [...] su patria, hogar, familia, discurso nos aprisionan en espacios cerrados en los que no podemos continuar moviéndonos. Viviéndonos. Sus propiedades son nuestro exilio. Sus cercas la muerte de nuestro amor. Sus palabras la mordaza de nuestros labios.

Cómo hablar para salir de sus compartimentaciones, divisiones por zonas, distinciones, oposiciones.

La propuesta radica en un hablar con el cuerpo, tan de cara al esencialismo. Una enorme distancia se abre entre Irigaray y Beauvoir, no sólo en cuanto a estrategia política, sino al lugar del cuerpo como conjunto de determinaciones del ser mujer. Simone de BEAUVOIR (2007) deja en claro que “ningún destino biológico [...] define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio [...] al que se califica de femenino” (p. 207). En la escritura de Beauvoir no encontraremos las claves de la subordinación de las mujeres en la biología de los cuerpos, sino en las relaciones concretas de poder que los varones ejercen en el contexto de una organización social patriarcal. Es un conjunto de códigos, intereses económicos, pretensiones ontológicas y morales, entre otra compleja serie de intereses que se anudan de modo complejo, lo que permite comprender cómo ha resultado “útil mantener a la mujer en un estado de dependencia [...]; y de ese modo la mujer se ha constituido concretamente

1 “Respecto al hombre la mujer es el otro. Respecto a la mujer el otro es el hombre. La igualdad es un intento ideológico para someter a la mujer en niveles más elevados” (MANIFIESTO DE «RIVOLTA FEMMINILE» [1970] 1990: 117)

como lo Otro” (p. 139).

III. La Mujer del feminismo y sus fisuras

A) Betty Friedan

Del otro lado del Atlántico, y casi dos décadas más tarde, Estados Unidos sintió el impacto de *La mística de la feminidad* (1974), publicado por Betty FRIEDAN. Aunque con poca rigurosidad argumentativa y metodológica, dicha publicación es reconocida por su estilo provocativo, al que se le adjudica ser el factor desencadenante de la denominada segunda ola del feminismo norteamericano. Tal como señala Joanne BOUCHER (2003), Friedan logra visibilizar cómo el contexto norteamericano posterior a la Segunda Guerra Mundial imponía el destino de la maternidad y de ama de casa a tal punto que resultaba asfixiante, represivo, incluso deshumanizante. El estilo de escritura de Friedan entrama elementos que, en su conjunto, convocan la lectura y arrojan sobre las lectoras un llamado a identificarse con la propia experiencia, y es la confianza dada por sentada la que imprime fuerza y torna convincentes los enunciados.

Rachel BOWLBY (1987) detecta el modo en que la prosa de Friedan configura un relato de misterio y fuerza dramática que combina varias voces. FRIEDAN (1974) se presenta, en primera persona, como un ama de casa que, a pesar de contar con un título universitario, su vida transcurre monótonamente en los suburbios. Súbitamente logra tomar conciencia de que la desdicha que inunda su vida —y a la que no puede ponerle nombre— no constituye un problema personal, individual, sino que es la expresión de un *social pattern*. Su experiencia se alterna con otra voz —las transiciones entre una y otra son tan sutiles que por momentos es difícil advertirlo—: la experta que imprime rigurosidad científica. Ella nos dice (pp. 41-2):

[p]oco a poco llegué a comprender que el problema que no tenía nombre era compartido por innumerables mujeres [...]. Algunas veces una mujer lo describía así: ‘me encuentro vacía... en cierto modo incompleta’. O ‘me parece como si no existiese’ [...]. Unas veces lograba eliminar esta sensación con un tranquilizante. [...] A veces acudía al médico quejándose de vagos síntomas [...]. A veces aquel sentimiento se hacía tan fuerte que la obligaba a salir corriendo de su casa [...]. O bien se quedaba en casa llorando.

El contenido de uno de los segmentos del libro resulta impactante. FRIEDAN (1974) no duda en comparar la vida suburbana del ama de casa de Estados Unidos con los campos de exterminio montados en la Alemania Nazi (pp. 399-400):

Los prisioneros de los campos de concentración terminaron adaptándose a esa situación, como si éste fuese su única y posible realidad, encerrados en la prisión de sus propias mentes [...]. Todo esto parece alejado de la cómoda vida del ama de casa [...]. Pero ¿no es su casa en realidad un confortable campo de concentración? Las mujeres [...] ¿no han quedado aprisionadas dentro de las estrechas paredes de sus hogares? Han aprendido a adaptarse a su papel biológico. Se han vuelto pasivas, infantiles, dependiendo de los demás: han renunciado a su estructura adulta para vivir en el más bajo nivel, basado únicamente en cosas y alimentos.

Aunque obtuviera el reconocimiento por haber formado parte de las condiciones que posibilitaron restituir vitalidad al feminismo como movimiento político, no tardaron en aparecer fuertes críticas. Se le ha señalado el carácter no examinado de la categoría Mujer a la que apela (sujeto político que aglutina los reclamos del movimiento que lidera). Su ojo ciclópeo fue incapaz de distinguir matices. De hecho su libro inicia del siguiente modo (FRIEDAN, 1974: 35):

[e]l problema permaneció latente durante muchos años en la mente de las mujeres norteamericanas. Era una inquietud extraña, una sensación de disgusto, una ansiedad que ya se sentía en los Estados Unidos a mediados del siglo actual. Todas las esposas luchaban contra ella. Cuando hacían las camas, iban de compras, comían emparedados con sus hijos o los llevaban en coche al cine los días de asueto, incluso cuando descansaban por la noche al lado de sus maridos, se hacían, con temor, esta pregunta: ¿Esto es todo?

La escritura de Friedan es transparente en cuanto a qué Mujer se refiere cuando pretende representar a Las Mujeres. Se trata de mujeres blancas, de clase media, heterosexuales, cuya principal fuente de malestar es el contexto doméstico atestado de electrodomésticos. Otras voces desde el interior del feminismo han señalado aspectos no tenidos en cuenta por quienes tenían el privilegio, como Friedan, de liderar movimientos y,

desde allí, diseminar sentidos universalizantes respecto a 'la Mujer'. El malestar que experimenta Friedan no conoce otros horizontes que el de la prosperidad económica propia del consumismo, pieza clave del modo de producción capitalista. Por tanto la dimensión de clase no cuenta como categoría de análisis en su libro.

B) Una mirada de clase

Sheila ROWBOTHAM (1977), entre muchas otras feministas que no admiten la exclusión de las claves de análisis habilitadas por el socialismo, enfatiza la división sexual del trabajo. Las mujeres ocupan un lugar específico en la estructura de las relaciones sociales. Se les adjudica la tarea de mantener y reproducir productores de mercancías (procrear y alimentar a los varones). Y aquí, afirma Rowbotham, reside una clave que, si no la fundamental, al menos debe considerarse en todo análisis: la separación de los roles femenino/masculino como parte constitutiva del capitalismo. En este contexto analítico la mujer es una forma de propiedad. La familia constituye el ámbito que posibilita que los varones se apropien de la fuerza de trabajo de las mujeres. Rowbotham no duda en afirmar que el contrato del matrimonio otorga a las mujeres el mismo rango que los muebles, por tanto en la base de este contrato se encuentra la desigualdad social de la distribución del poder.

El abordaje de ROWBOTHAM (1977) ofrece un nuevo contexto con potentes claves de análisis que dejan al desnudo los sesgos de clase con que Friedan aborda el problema de la domesticidad en la vida de las mujeres. Rowbotham recuerda que en el capitalismo el hombre goza de dominio económico, por tanto de hegemonía cultural. El trabajo doméstico, única actividad de muchas mujeres, no se considera como trabajo. El trabajo es algo que hacen los varones, proveedores a quienes se les paga con dinero. En este modo de organización económica y productiva las mujeres sólo reciben el dinero que les habilita el varón con quien han contraído matrimonio o con quien conviven. La problemática que describe Friedan no sorprende a Rowbotham, ni podría sorprender a nadie con conciencia de clase. El modo de producción capitalista excluye al trabajo doméstico de la noción dominante de valor.

De esta manera, ROWBOTHAM (1977) nos presenta una viva imagen del modo en que la mujer trabaja sola en la casa, para ella no hay una clara diferenciación entre lugar de trabajo y lugar de expansión. Una mujer no va al trabajo, se despierta para trabajar. Cada día ocurre lo mismo, por lo que su existencia, nos dice, es una rueda obsesionante de la que

no hay escapatoria, es devorador, ritmo cíclico de intentos y fracasos. Finalmente, el trabajo de ama de casa y de madre no es sólo algo que ella hace, sino es algo que ella es. Para compensar su falta de objetivos la mujer alimenta su imagen de ama de casa imprescindible. Rowbotham asegura que la prisión que ella llama hogar y que le fue impuesta por la maternidad, ha resultado ser para ella la única prueba de sus años de sacrificio. Limpiando constantemente se muestra a sí misma que es necesaria –manejo que le permite acceder a migajas de poder para incidir sobre su marido e hijos para retener sus subjetividad más allá de la masiva objetualización.

C) Una mirada lesbiana

El feminismo lésbico, por su parte, también mostró su descontento con la invisibilización a la que fueron sometidas las lesbianas en los reclamos llevados adelante bajo la identidad política Mujer. En el prólogo, realizado posteriormente, a su conocido artículo *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana* (1980), Adrienne RICH (2009) señala que su principal objetivo a la hora de escribir tal artículo fue (p. 145)

contrarrestar la cancelación de la existencia lesbiana de tanta bibliografía feminista, cancelación que sentía (y siento) que tiene consecuencias no solo antilesbianas sino también antifeministas, además de distorsionar también la experiencia de las mujeres heterosexuales. No lo escribí para ahondar divisiones sino para animar a las feministas heterosexuales a analizar la heterosexualidad como institución política que debilita a las mujeres, y a cambiarla.

Autoras como Celia KITZINGER, Sue WILKINSON y Rachel PERKINS (1992), también Carol Nagy JACKLIN (1992) y Halla BELOFF (1992) afirman que una mujer que porta una identidad heterosexual necesariamente (re)produce las diferencias de género que la institución política de la heterosexualidad requiere para perdurar. Por tanto las mujeres, como Friedan, que no examinan su propia heterosexualidad, contribuyen a su propia opresión y mantiene inalterable la diferencia de poder entre mujeres y varones. Desde su punto de mira, asumir la heterosexualidad implica un privilegio sobre el cual es preciso reflexionar profundamente para no invisibilizar otras formas de sexualidad.

D) Una mirada étnica

Las mujeres negras también alzaron su voz desde los márgenes del feminismo. Angela DAVIS (2004), entre otras feministas negras, ha puesto de manifiesto la violencia epistemológica que ha sufrido la experiencia de mujeres negras al ser abordada desde categorías teóricas que no les son propias. Kum-Kum BHAVNANI y Hazel CARBY (1978) señalan que el feminismo blanco (CARBY: 2012: 242)

parte del supuesto de que la historia y los mitos de las mujeres blancas son los únicos a los que deben acudir todas las mujeres en busca de poder y puntos de referencia, en tanto que las mujeres no blancas y nuestras historias quedan convertidas en motivos decorativos o en ejemplos de la victimización de las mujeres.

A los ojos de bell HOOKS² (2004), la Mujer que aparece representada en *La mística de la feminidad* de Betty Friedan no es más que “una ociosa ama de casa” (p. 34). Hooks deja en claro los privilegios de Friedan, los que, como tales, son invisibles para quién los porta. La negritud constituye el núcleo identitario que adviene como principal fuente de exclusión y segregación, en mayor grado y medida que la feminidad. Señala (pp. 33-4):

[...]a famosa frase de Friedan, ‘el problema que no tiene nombre’, citada a menudo para describir la condición de las mujeres en esta sociedad, se refería de hecho a la situación de un grupo selecto de mujeres blancas, casadas, de clase media o alta y con educación universitaria: amas de casa aburridas, hartas del tiempo libre, del hogar, de los hijos, del consumismo, que quieren sacarle más a la vida. [...] En su libro no decía quién tendría entonces que encargarse del cuidado de los hijos y del mantenimiento del hogar si cada vez más mujeres, como ella, eran liberadas de sus trabajos domésticos y obtenían un acceso a las profesiones similar al de los varones blancos. [...] Hizo de su situación, y de la situación de las mujeres blancas como ella, un sinónimo de la condición de todas las

2 [N. del E.] Este seudónimo autoral se escribe en minúsculas, puesto que la propia autora lo hace de esta manera.

mujeres estadounidenses.

A criterio de bell hooks (2000) *La mística de la feminidad* constituye el máximo exponente del narcisismo, la insensibilidad, el sentimentalismo y la auto-indulgencia, posicionamiento propio de quien no es capaz de reflexionar sobre los propios privilegios. La escritura de Friedan alcanza su punto inaudito al comparar los efectos psicológicos del aislamiento en las amas de casa blancas con el impacto del confinamiento de los prisioneros en los campos de concentración nazis.

En este contexto, entendemos por feminismo (SANTA CRUZ, 1994: 91)

[a]l movimiento político de las mujeres que luchan por la reivindicación de sus derechos. [...] denuncia la sujeción de las mujeres, subraya su injusticia, tiene la convicción de la posibilidad de modificar la situación y la voluntad compartida de superar la estructura de dominación que afecta a la diferencia de los sexos.

Lo cierto es que la categoría Mujer como sujeto político del feminismo muestra fisuras desde las voces que irrumpen desde los márgenes de tal movimiento. Sin dudas, La Mujer configura una identidad política necesaria para el feminismo. Tal constructo es necesario para visibilizar a "esos seres corporizados en la posición social de 'mujeres'" (BUTLER, 1992: 75) en la sociedad y explicar su opresión. La pretensión universal a la hora de lograr la representación mostró, desde entonces, sus límites. La emergencia de tantos otros núcleos identitarios que participan en la exclusión social, y se entranan con la feminidad, comenzaron a convocar como motivo de reflexión ineludible aquello que, desde marcos conceptuales posmodernos ha cobrado forma como teoría de la interseccionalidad. Un giro se impuso, y fue necesario invocar concepto de opresión en términos de interseccionalidad. También se ha evocado la denominación de *configuraciones* —para dar cuenta del modo dinámico en que las urdimbres entretejen tales intersecciones— o de *dinámicas sociales* —para trazar los modos en que mutan y se reciclan las relaciones de desigualdad referidas a varios aspectos de la vida social—. Pero en cualquier caso se hace clara referencia a múltiples ejes de diferencia y las formas dinámicas en que se intersecan en contextos históricos específicos (YUVAL-DAVIS, 2011).

IV. La Mujer detrás del Género

Estas consideraciones sobre la categoría Mujer constituyen un primer destello de la perspectiva *queer*. María Luisa FEMENÍAS (2015) detecta una constante en el trabajo de pensamiento de Judith Butler, “la situación de las minorías dentro de los sistemas hegemónicos”. Nos dice (p. 160):

[]a lógica que subyace a estos análisis de Butler es el develamiento de los modos hegemónicos que se autodefinen como “todo”, ignorando o desconociendo a las “minorías” entendidas como “parte”. Puede resumirse también como un modo de instrumentalización conceptual de la falacia *pars pro toto*: simplemente, tomar la parte (aunque sea hegemónica) por el todo, desconociendo las voces o las inscripciones minoritarias, una de cuyas figuras retóricas más extendidas, es la metonimia. Sintéticamente, los modos o estilos hegemónicos dictan lo que debe ser e invisibilizan, descalifican o no reconocen los estilos o modos minoritarios de estar.

Otro camino ante el problema de las imágenes e interpretaciones de la Mujer en términos estereotipados y universales —efecto de la necesaria búsqueda política de oponerse a los supuestos masculinos dominantes— fue la incorporación de la categoría de género. Parte del feminismo norteamericano de mediados de la década de ‘70 optó por echar mano la potencia teórica y política que parecía tener el género, tal como circulaba en los hallazgos científicos del campo de la medicina, de la mano de John Money desde la década del ‘50, y del campo del psicoanálisis, liderado por Robert Stoller unos años más tarde que Money. El tratamiento de niños intersexuales y transexuales, en uno y otro caso, los condujo a forjar una teoría sobre el modo en que se construye la subjetividad en torno a la masculinidad y feminidad, enfatizando una relación muy específica con el cuerpo —que en estos entramados adquiere un estatuto muy diferente respecto al modo en que se venía pensando.

A) John Money / Robert Stoller

John Money (MONEY Y GREEN, 1969) informa sobre la posibilidad de socializar en un género diferente del que fue asignado originalmente al nacer a cualquier niño/a intersexual

luego de haberlo sometido a cirugía. En tal caso, el/la niño/a podrá desarrollarse y adaptarse de si inconvenientes al nuevo género. Money asegura que (p. 299)

la puerta de la identidad de género está abierta en el nacimiento de la vida de un niño o niña normal de una forma no menor para que uno nacido con órganos sexuales no acabados o para uno que haya estado sobreexpuesto al andrógeno o al que le haya faltado el andrógeno, y que permanece abierta durante al menos más de un año después de nacer.

Robert STOLLER (1985) contribuye a matizar conceptos nodales de esta perspectiva. A él debemos la idea de género como identidad nuclear subjetiva, referida a los rudimentos del sentimiento que el/la propio/a niño/a tiene de ser varón o mujer. La identidad de género es entendida por Stoller como el sentimiento subjetivo de pertenencia al conjunto social *varón o mujer*, que se establece precozmente, antes del conocimiento que cada niño/a tiene de la diferencia sexual anatómica. El rol de género referirá al conjunto de conductas socialmente atribuidas a mujeres y varones. Tanto Money como Stoller afirman que el sentido de ser varón o mujer no reside en el cuerpo. No es en el sexo donde debemos buscar la determinación del ser varón o mujer, sino en la temprana socialización.

En tal caso el sexo ingresa en escena figurado como superficie corporal, natural, neutra, estática y fija sobre la cual se inscribe el género, entendido como los sentidos que, en cada tiempo y lugar, delimitan los significados propios de ser varón y mujer. El género anida en la cultura, por tanto es históricamente variable. Por su parte, el sexo, en tanto hecho natural, resulta pétreo a la incidencia de la acción política. Su presencia asegura al significado genérico un soporte material, aunque en si mismo no reside determinación alguna. En suma, por género podemos entender (BURIN Y MELER, 1998: 20)

la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, valores, conductas y actividades construidas y asignadas socialmente que diferencian a mujeres y a varones. Tal diferenciación no sólo produce diferencias entre los géneros femenino y masculino, sino que a la vez, estas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos.

B) El género del feminismo: más allá de biologicismo

Depurado del contexto médico en el que esta categoría encontró existencia y del fin normativo sostenido mediante claros dispositivos biopolíticos —aspectos que críticas posteriores pondrán a debate—, ciertas pensadoras feministas hallaron en la categoría de género ecos del “[n]o se nace mujer: se llega a serlo” que la pluma de Simone de Beauvoir puso a rodar décadas antes. Así es como de la mano del feminismo el constructo género ingresa a las ciencias sociales. Un temprano escrito de Gayle RUBIN (1986) plasma tal insumo teórico. La autora refiere al concepto *sistema sexo/género* para dar cuenta del “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (p. 97). El binomio *sexo/género* recobra el dualismo naturaleza y cultura, y por lo tanto la moderna noción antropológica de cuerpo en tanto superficie neutra en la que se inscriben los significados socio-culturales. Esto queda claro cuando Rubin escribe (p. 96):

¿[q]ué es una mujer domesticada? Una hembra de la especie. [...] Sólo se convierte en doméstica, esposa, mercancía, conejito de Playboy, prostituta o dictáfono humano en determinadas relaciones. Fuera de esas relaciones no es la ayudante del hombre [...]. ¿Cuáles son, entonces, esas relaciones en las que una hembra de la especie se convierte en una mujer oprimida?

Si recobramos la noción Mujer junto a sus problemas vinculados con la generalización y, por tanto, con la ausencia de un contexto histórico y cultural de las diferencias sexuales, el género se instaló con fuerza. En su nombre se aseguraba un desplazamiento desde una noción de Mujer universal, a-histórica y esencialista hacia un análisis relacional contextualizado. En torno a esta novedad conceptual se configuran los estudios de género, entendidos como el (BURIN y MELER, 1998: 19)

segmento de producción de conocimientos que se han ocupado de este ámbito de la experiencia humana: las significaciones atribuidas al hecho de ser varón o ser mujer en cada cultura y en cada sujeto. [...] son reflexiones de género todas aquellas que se han hecho a lo largo de la historia del pensamiento humano acerca de los sentidos y las consecuencias sociales y subjetivas que tiene pertenecer a uno u otro sexo, por cuanto esas consecuencias,

muchas veces entendidas como naturales, no son sino formulaciones de género.

Si el interés fuera delimitar rasgos característicos del género como categoría de análisis, éstos bien podrían ser su carácter relacional —el cual nos invita a pensar sobre las relaciones *inter* e *intra* género—, su carácter de constructo histórico-social —por lo que su producción varía a lo largo del tiempo— y, finalmente, el género, como responde a dinámicas socio-culturales, se entrecruza siempre enredado con otros aspectos constitutivos de la subjetividad humana (BURIN y MELER, 1998). Es cierto, la categoría de género ha permitido refrenar las críticas lanzadas por la vía del esencialismo, el biologicismo y el a-historicismo a pesar de que tal categoría enfatiza el carácter de construcción social, la radicalidad del alcance construccionista del género es limitada. Como no podía ser de otro modo, el sello original del género como constructo social permanece anudado al sexo, categoría de la que puede desembarazarse. Entonces, el sexo constituye un aspecto conceptual que por momentos parece ser un residuo poco deseado que limita el poder y la pretensión constructivista del género.

Cualquier posición que hace del cuerpo una superficie natural dimórficamente sexuada, en tanto biologicista, no da lugar a la posibilidad de deslindar otros órdenes, más allá de la biología del cuerpo, que participen en la configuración de la masculinidad y la feminidad. En Luce IRIGARAY (2007) esto es claro; al menos podríamos afirmar que el cuerpo cobra existencia en sus ideas bajo la premisa esencialista, en la cual el cuerpo y la esfera simbólica que lo entrapa son ontológicamente diferentes. Por lo tanto la noción de género no resulta apropiada para capturar la propuesta teórica de Irigaray, más bien es la idea de diferencia sexual la que muestra relevancia y, de hecho, es la que a autora utiliza. Ahora bien, cuando nos preguntamos por la dimensión del cuerpo en Simone de Beauvoir, claramente, éste no contiene las claves que clausuran el ser mujer, y, de hecho, como ya hemos señalado, "no se nace mujer". El patriarcado —en términos de orden social en el que se labran significados sociales específicos en torno a la feminidad y masculinidad que se inscriben sobre el cuerpo— es el que guarda las claves del modo en que mujeres y varones adquieren existencia. Pese a que Beauvoir escribe *El segundo sexo* en Europa y a mediados del siglo XX, es posible abordar su obra a partir del binomio sexo/género. Sin ir más lejos Judith BUTLER (1986) detectó esta sintonía entre Simone de Beauvoir y el sentido con el que la categoría de género ingresa en el feminismo norteamericano de la década del '70.

Ahora bien, ¿qué lugar ocupa el cuerpo en los aportes teóricos que incorporan consideraciones explicativas no reductibles al cuerpo biológico? Si a Luce Irigaray podemos adjudicarle una postura esencialista, incluso biologicista, lo cierto es que no podríamos poner en estas filas a Simone de Beauvoir, tampoco al feminismo que apela a la categoría de género como vía para desterrar la subordinación de las mujeres del campo de la naturaleza y, así, explicar el modo en complejas dinámicas sociales participan en la jerarquización de los significados culturales que se erigen sobre la diferencia sexual. Aún así, en ambos casos, la categoría de sexo permanece presente. Incluso parece ser un requerimiento, necesario, para la existencia de género y su potencia explicativa. Es más, parte de la potencia de la categoría de género es destinada a ocluir la presencia del sexo en las consideraciones gestadas, de tomar protagonismo, el sexo, operaría como un contrapeso que resta al género su carácter heurístico. Como fuere, el sexo, allí presente, instala el cuerpo cuyo carácter natural y dimórficamente sexuado no aparece cuestionado. Si bien se le han quitado las credenciales que le permitían determinar el ser varón o mujer, aún continúa guardando existencia extra-lingüística o pre-discursiva y, en las sombras, sus operaciones pueden ser, incluso, más peligrosas.

Esta perspectiva, que ha permitido un desplazamiento del horizonte respecto al biologicismo, se ha denominado, siguiendo a Linda NICHOLSON (1994) y a Jason GLYNOS (2000), como fundacionalismo biológico. Aspectos sociales entran en juego a la hora de pensar la construcción de significados, pero no llegan a cuestionar el cuerpo como naturalmente codificado en dos formas. Es en este sentido que podemos afirmar que el sedimento corporal no tematizado restringe la pretensión construccionista de los significados sociales, dimensión por donde transcurre el género. Claramente, en esta perspectiva, el género interpreta al sexo. Si el cuerpo se presenta bajo dos únicas posibles configuraciones, aseguradas naturalmente, entonces sólo se requieren conjuntos de significados conglomerados en dos conjuntos. Finalmente, desde aquí, el género es binario porque el sexo es dimórfico. El sexo, aunque oculto, es dato primario, y sobre el arco y espectro que él habilita se monta el género.

V. El giro foucaultiano

El denominado construccionismo social ha mostrado ser una perspectiva bien diferente. Y es Michel FOUCAULT (2008a) quien ha impreso un giro onto-epistemológico que, como tal, ha reordenado cabalmente los términos del debate. Este pensador señala que el cuerpo se encuentra inmerso en un campo político. El cerco político del cuerpo lo confinan

a permanecer imbuido en relaciones de poder y dominación a tal punto que no es posible recuperar nada del cuerpo por fuera de tales relaciones constitutivas. Sus consideraciones instalan un nuevo modo de pensar la realidad y el modo en que nos vinculamos con ella, pues nos dice que (p. 37)

no es la actividad del sujeto de conocimiento lo que produciría un saber, útil o renuente al poder, sino que el poder-saber, los procesos y las luchas que lo atraviesan y que lo constituyen, son los que determinan las formas y los dominios posibles de conocimiento.

Es cierta tecnología de poder la que opera sobre el cuerpo de un modo complejo. Puesto que se trata de un tropo —o, en términos de Judith BUTLER (1989), de una paradoja de las inscripciones corporales—, el poder se inscribe sobre el cuerpo pero es esa inscripción la que lo constituye *qua* cuerpo. No hay cuerpo fuera de estos entramados de poder-saber que ofrezca verdades de sí mismo. Más bien el cuerpo se articula en la trama de saberes producidos como funcionamiento de dispositivos específicos. Por tanto el saber no extrae su fuerza de la verdad, sino del poder. La verdad, así como el cuerpo y el sujeto que aparentemente la portan, son un efecto —punto de llegada, no de partida. FOUCAULT (2008a) es claro cuando al respecto cuando señala que “el hombre del que se nos habla y que se nos invita a liberar es ya en sí mismo el efecto de un sometimiento mucho más profundo que él [...]. El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo” (p. 39).

Michel FOUCAULT (2008b) también refiere a la voluntad de saber, a la voluntad de verdad, producida a partir del dispositivo de la sexualidad. Los saberes modernos producidos compulsivamente en torno a la sexualidad articulan la denominada *scientia sexualis*, la que no sólo instala la posibilidad de una verdad última del sujeto, sino que la inscribe en el sexo. El sexo y la sexualidad se articulan discursivamente como un secreto peligroso. Un séquito de artilugios propios del dispositivo sostiene el temor a revelar aquello íntimo y oscuro. La sexualidad arraiga en un espacio que resulta fundacional respecto a una espacialidad que deviene interioridad del sujeto. Esta interioridad virtual, que se sostiene en una fábula de verdad, es abrazada mediante la asunción de identidades sexuales. Y los saberes producidos por las disciplinas emergentes que dicen abordar —pero que, en rigor, producen— el sexo y la sexualidad, amarran a los sujetos al descubrimiento— aunque ciertamente es producción discursiva— de realidades sustanciales que se presentan

desgajadas de la dimensión de los discursos, del poder y de la norma. FOUCAULT menciona (pp. 37-8):

[e]l secreto del sexo no es sin duda la realidad fundamental respecto de la cual se sitúan todas las incitaciones a hablar del sexo —ya sea que intenten romper el secreto, ya que mantengan su vigencia de manera oscura en virtud del modo mismo como hablan. Se trata más bien de un tema que forma parte de la mecánica misma de las incitaciones: una manera de dar forma a la exigencia de hablar, una fábula indispensable para la economía indefinidamente proliferante del discurso sobre el sexo. Lo propio de las sociedades modernas no es que hayan obligado al sexo a permanecer en la sombra, sino que ellas se hayan destinado a hablar del sexo siempre, haciéndolo valer, poniéndolo de relieve como el secreto.

En este contexto inaugurado por la modernidad, David HALPERIN (2000) señala que la sexualidad no sólo comenzó a delimitarse como un dominio de saber específico, también enfatiza el modo en que el dispositivo de la sexualidad (pp. 23-4)

genera identidad sexual: dota a cada uno de nosotros con una naturaleza sexual individual, con una esencia personal definida (al menos en parte) en términos específicamente sexuales; implica que los seres humanos son individuados y diferenciados en su sexualidad y, por eso, pertenecen a distintos tipos o modos de ser.

Al menos dos son los puntos de impacto de las ideas foucaultianas en los carriles por los que transcurren las ideas de los movimientos reunidos mediante políticas de identidad —el feminismo y el movimiento gay-lésbico en los Estados Unidos de los '70 son el caso. Por un lado el cuerpo se diluye en tanto existente externo a los *a priori* epistémicos que configuran el plano discursivo. Así, el sexo devela su ontología política. Por otro lado la identidad ya no es concebible como una entidad sustancial, interna. Más bien comienza a ser concebida en términos de una instancia normativa, altamente regulativa y una clave para comprender los procesos de sujeción que inauguran la existencia del sujeto en el campo social.

A) El género luego de Foucault

La pregnancia de la idea de género como significado social inscripto sobre una superficie corporal natural, cuyo resultado se sella con la articulación de una *identidad de género* —punto de cristalización que auspicia de monumento recordatorio de aquel anudamiento entre sexo y género—, comienza a conmoverse frente a la potencia del espectro conceptual foucaultiano. Teresa DE LAURETIS (1996) señala un punto de torsión relevante, nos dice que (pp. 8 y 11)

el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino *el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales*, en palabras de Foucault, por el despliegue de *una tecnología política compleja*. [...] la construcción del género es tanto el producto como el proceso de su representación.

El género —entendido como proceso continuo— nos traslada —de la mano de Michel Foucault— hacia la posibilidad de pensar no sólo el modo en que lo histórico-social participa en la desigualación de la diferencia sexual, sino que, ahora, dilucida procesos discursivos que operan en la construcción misma de la diferencia sexual. La novedad de esta nueva vertiente radica en no dar por sentado el dimorfismo sexual —dato no cuestionado por el fundacionalismo biológico que subyace a los abordajes modernos del género. El cuerpo —como reducto pre-discursivo que devela la verdad del sexo— es arrastrado hacia el dominio de lo discursivo. ¿Qué significa ser una mujer? ¿Qué significa ser un varón? Es Judith Butler quién insiste en señalar que aquellas categorías que ordenan y clasifican lo humano (*varón, mujer*) no son otra cosa que localizaciones vacías, producto de la conglomeración normativa de elementos discretos bajo lazos insistentemente instituidos como necesarios. Por tanto estas localizaciones de sujeto envuelven un centro ontológico ausente, que no reconoce al cuerpo como soporte sustancial y fundamento necesario.

A esta altura, este contexto conceptual enfrenta al postulado beauvoiriano “no se nace mujer: se llega a serlo” con algunos límites. Resulta que las ideas de Beauvoir parecen concebir la posibilidad de que sólo algunos cuerpos —que, si bien no nacen *mujer*, no parecen conocer otro destino— llegan a ser mujeres. Allí la mimesis cuerpo/significado cultural —podríamos decir sexo/género— es tan fuerte y muestra tales anudamientos normativos que en sus ideas no se tematiza la posibilidad de que un cuerpo llegue a

expresar un significado socialmente no previsto. Y es Judith BUTLER (2007) quien lanza esta crítica hacia Beauvoir, y propone consideraciones atinentes a desplegar ideas que hagan justicia a la existencia a localizaciones de sujeto que no expresen la alineación sexo-género-deseo.

VI. La mirada de Judith Butler

El género en disputa, primer aporte académico significativo de Judith BUTLER (2007), irrumpe en el campo intelectual a principio de los años '90. Entre otras de sus tesis iniciales, allí expone la idea de género coherente. La autora deja en claro que la inteligibilidad social de todo sujeto sólo es posible cuando se cumplen algunas condiciones requeridas por los marcos normativos. "Normas de inteligibilidad socialmente instauradas y mantenidas" (p. 71) operan continuamente mediante la configuración del sexo, el género y la sexualidad. Al ordenarse bajo una secuencia específica y esperable estos elementos estabilizan y naturalizan las identidades sexo-generizadas. Nos dice Butler (pp. 71-2):

[...]os géneros 'inteligibles' son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la 'expresión' o 'efecto' de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual.

Para que un posicionamiento subjetivo adquiera existencia social, entonces, un sexo debe operar como sede de un género, y en su expresión tal género debe complementarse sexualmente con el sexo/género opuesto. El artilugio normativo radica en instalar la ficción del orden causal y necesario entre los elementos. Así, aquellas existencias que al interior de la norma de género devienen como incoherentes nos muestran cómo la expresión y la auto-percepción de un género específico no encuentran en el cuerpo un conjunto de determinaciones naturales; que ninguna esencia asegura la permanencia de una vez y para siempre en un género estable; que en la constitución normativa del género opera una hetero-norma no examinada que restringe otras posibilidades eróticas que escapan a los

casilleros estancos de las identidades sociales.

BUTLER (2007) apela a la existencia de una matriz de inteligibilidad heterosexual. Así (p. 72),

esta matriz cultural —mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género— exige que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género.

Podríamos referir, junto a BUTLER (2007), que el sexo mismo es una construcción discursiva. De modo provocativo la autora refiere a que “quizás esta construcción denominada ‘sexo’ esté tan culturalmente construida como el género; de hecho, quizá siempre fue género, con el resultado de que la distinción entre sexo y género no existe como tal” (p. 55). Tal es así que el dimorfismo sexual no constituye, en su pensamiento, un hecho natural.

Claramente, este espectro conceptual no admite el presupuesto de la existencia de un sujeto mujer. En los entramados de los arreglos de poder antes señalados, el sujeto es un efecto del discurso y no una entidad metafísica pre-existente. Y es esta consideración la que nos permite señalar el carácter performativo de aquello que John Money y Robert Stoller denominaron ‘identidad de género’. Tal identidad no debe entenderse como una entidad sustancial previa a partir de la cual se desprenden las expresiones de género y que, al mismo tiempo remiten a un sexo específico —claro modelo expresivo que BUTLER (2007) rechaza, y fiel reflejo de anudamientos impuestos bajo la coherencia normativa de la que, también, se aleja—. La autora se inclina hacia una “consideración del género como una actuación que performativamente conforma la apariencia de su propia fijeza interior” (p. 158). Por tanto no sería adecuado concluir que la ‘identidad de género’ no existe, más bien sería adecuado decir que tal identidad no está donde esperaríamos encontrarla —antes o detrás de los actos— y su existencia no debe pensarse bajo los supuestos ontológicos que trazan al sujeto moderno bajo la égida de una metafísica de la presencia o de la sustancia (FLAX, 1995).

El género, mediante ‘interiorización’ de la norma, se solidifica al punto de generar la convicción de permanencia e inmutabilidad. El carácter pétreo de esta realidad de género bajo la lógica de la identidad se instala en una espacialidad compleja, ‘interna’. Tal

interioridad responde a una topología virtual, puesto que aquello que se despliega bajo el comando de una esencia psicológica 'interna' no es otra cosa que un ritual puesto en marcha: repetición de normas sociales y, como tales 'externas'. Aunque, a esta altura, BUTLER (2007) ya nos invita a cuestionar los límites estancos entre lo 'interno' y lo 'externo' (p. 263):

¿desde qué posición estratégica en el discurso público y por qué razones se ha sostenido el tropo de la interioridad y la disyuntiva binaria de interno/externo? ¿En qué lenguaje se ha configurado el «espacio interno»? ¿Qué tipo de configuración es, y a través de qué figura del cuerpo se significa? ¿Cómo configura un cuerpo en su superficie la invisibilidad misma de su profundidad escondida?

Digámoslo una vez más, Butler sugiere que el carácter pétreo del género es un efecto discursivo que, indudablemente, se sostiene como tal instalando el sexo como fundamento pre-discursivo, natural. Butler es clara cuando afirma que (p. 58)

[n]o puede afirmarse que los cuerpos posean una existencia significable antes de la marca de su género; entonces, ¿en qué medida *comienza a existir* el cuerpo en y mediante la(s) marca(s) del género? ¿Cómo reformular el cuerpo sin verlo como un medio o instrumento pasivo que espera la capacidad vivificadora de una voluntad rotundamente inmaterial?

Las consecuencias de esta dilución del cuerpo en las tramas discursivas refieren, claramente, a quitar del cuerpo el ancla de la estabilidad del género. Con los aportes de BUTLER (2008), ya no podemos derivar el carácter binario del género a partir del dimorfismo sexual. El giro de su propuesta nos conduce a afirmar que, más bien, partimos de marcos binarios de inteligibilidad, y es desde allí que los cuerpos se ordenan de modo binario. En función de ello se recortan zonas del cuerpo altamente naturalizadas que se instauran como signo de las diferencias sexuales históricamente construidas (*id.*). En suma, el dimorfismo sexual no es punto de partida, sino punto de llegada. Y su naturalización asegura el no cuestionamiento de la carga normativa de este primer eslabón de la cadena secuencial ya mencionada. El sexo como fundamento sustancial y natural del género nos conduce, junto a Butler, a "las coherencias producidas de modo contingente mediante la reglamentación de atributos, parecería que la ontología de las sustancias en sí no es únicamente un efecto

artificial sino que es esencialmente superflua" (p. 84).

Si antes de Butler, el género constituía una suerte de artificio suspendido líbreme y móvilmente sobre la roca fija del sexo, ahora, al señalar sus fundamentos contingentes, el sexo muestra ser un artefacto discursivo. Sin la referencialidad normativamente viciada del sexo ¿cómo entender el género, cuya distinción respecto del sexo ya no tiene sentido? Butler (2007) nos insta a pensar que (p. 98)

el género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas —dentro de un marco regulador muy estricto—, que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser. Una genealogía política de ontologías [...] deconstruirá la apariencia sustantiva del género en sus acciones constitutivas y situará esos actos dentro de los marcos obligatorios establecidos por las diferentes fuerzas que supervisan la apariencia social del género.

Entonces no hay fundamento sustancial, necesario, de aquellos actos. Su repetición normativa genera, y al mismo tiempo oculta, el proceso mediante el cual el cuerpo se instaura como dato primario, natural, sitio donde reside la verdad del sexo-género. Invoquemos una vez más a Simone de Beauvoir: "no se nace mujer: se llega a serlo", pero esta vez, a partir del recorrido trazado, nos es lícito afirmar que "no sólo no se nace mujer, sino que nunca se llega a serlo" (ALASKA, en ZIGA, 2014). No existe elemento último que imprima autenticidad al ser mujer o al ser varón. Butler lo deja en claro cuando menciona que "El hecho de aludir a una feminidad original o auténtica es un ideal nostálgico y limitado que se opone a la necesidad actual de analizar el género como una construcción cultural compleja" (BUTLER, 2007: 103). No hay género originales, los atributos de un cuerpo no son ontológicamente vinculantes con el género que la repetición de actos instala. La performance de una mujer 'normal' u 'original' no difiere de la feminidad performada por una mujer trans, "sobre todo cuando 'lo normal', 'lo original', resulta ser una copia, y una copia inevitablemente fallida, un ideal que nadie *puede* personificar. [...] todo el tiempo lo original [es] algo derivado" (p. 270).

VII.El 'giro ético' de Judith Butler

Para finalizar este recorrido, es mi intención enfrentar la torsión ontológica que

realiza Butler a inicios de los años '90 a la hora de reflexionar sobre el cuerpo, con el 'giro ético' producido en el último segmento de su producción. Los aportes iniciales de Judith BUTLER (2007) han participado en la delimitación de la conocida *teoría queer*. Los ejes conceptuales aquí presentados periten atestiguar la relevancia de estos aportes a la hora de configurar herramientas conceptuales que cuestionen la naturalización del cuerpo como principal obstáculo epistemológico para proliferación de múltiples localizaciones de sujeto desde el prisma de la diversidad. Sin duda, la relevancia política de estos aportes son notables para el colectivo de personas trans, pues los criterios normativos de coherencia y autenticidad —que operan de modo subterráneo— han comandado dinámicas de exclusión, patologización e inferiorización no sólo por la sociedad en su conjunto, sino también por otros colectivos socio-sexuales cuya organización demanda —de manera explícita o subyacente— un sujeto político estable, articulado bajo el anudamiento naturalizado entre sexo y género.

La comprensión del sexo en términos puramente discursivos ha despertado críticas hacia la *teoría queer*, en general, y hacia Butler, en particular. Las consecuencias sobre el lugar de los cuerpos en las políticas de identidad que la autora critica son claras. Denunciar los fundamentos contingentes de 'La Mujer' como sujeto político del feminismo, y la consecuente crítica a la noción de representación —en tanto pretensión que inevitablemente implica exclusión— le ha valido a Butler la rúbrica de posfeminista. Aspectos materiales del cuerpo parecen ser arrojados a la sombra indeseada de la red discursiva arrojada por Foucault. ¿Acaso el cuerpo, en su materialidad no importa? La magnitud de la violencia que atraviesa la realidad de la existencia cotidiana de las personas trans convoca una dimensión del cuerpo que parece olvidada. Enfatizar la potencia de las localizaciones subjetivas no alineadas con las normas sexo-genéricas contruye una provocadora imagen de personas trans que, desde un criterio puramente estético, denuncian la estructura mimética del género y la contingencia de referencias estables. ¿Cuál es el costo de que las personas trans señalen la herida de los marcos reguladores de género con su propia existencia concreta? Esta pregunta nos traslada a una serie de consideraciones políticas que requieren, al mismo tiempo, tematizar otra dimensión del cuerpo. La propia Butler nos da las claves.

Todo parece indicar que la potencia de las claves teóricas *queer* —que nos permiten avanzar desmalezando supuestos ontológicos que instalan un mundo donde la existencia más allá de binarismos restrictivos no es posible—, generan un registro de corporalidad espectral que socaban políticas que centran sus reclamos en las condiciones de exclusión

que hacen que una vida no sea viable. Por cuestiones de extensión no es posible desplegar consideraciones filosóficas densas respecto a la ‘materialidad’ que le adjudicamos a ‘los cuerpos’ desde un punto de mira *queer*. Pero sí podemos señalar, como ya adelantamos, que la propia Butler genera insumos conceptuales de los cuales es posible derivar consideraciones ético-políticas que, como un sistema de pesos y contrapesos, compensan los sentidos hiperconstruccionistas mal digeridos que su primer libro, *El género en disputa*, contribuye a instalar. ¿Acaso criticar el sexo como fundamento último de una verdad esencializada que clausura las posibilidades de un sujeto generizado implica negar la materialidad del cuerpo? En otros segmentos de su producción BUTLER (2008) se empeña en aclarar el modo en que los límites del cuerpo cavilan entre la materia y la significación. Mabel CAMPAGNOLI (2013) nos ofrece un rastreo y análisis del uso butleriano de la figura retórica del ‘quiasmo’, es decir: no haciendo justicia a los matices del análisis de Campagnoli, una inextricable juntura entre materia y lenguaje, donde ninguna de estas dimensiones puede reducirse o diluirse en la otra, tampoco podríamos adjudicarles un orden cronológico de aparición.

Como fuere, estas consideraciones que devuelven la atención a una dimensión material del cuerpo nos trasladan hacia consideraciones aún más recientes de Butler, en las que es posible identificar un ‘giro ético’ en su pensamiento (REVERTER-BAÑÓN, 2017). Y este giro refiere a la noción de vulnerabilidad que Butler ha tomado de Adriana CAVARERO (2009). La filósofa italiana afirma que todo cuerpo es vulnerable puesto que siempre está abierto a la herida del otro. Y este es un rasgo fundamental de toda existencia corporizada que se ve redoblado cuando las normas sociales usufructúan de aquel ‘vulnus’ y ejercen la violencia de la exclusión induciendo y recrudesciendo el carácter desvalido e indefenso de las personas. En aquel contexto el vulnerable no sólo es tal, sino que deviene inerte [en términos de CAVARERO (2009)], y la precariedad se torna precaridad [en términos de BUTLER (2009)]. BUTLER (2009) nos exhorta a trazar una “nueva ontología corporal que implique repensar la precariedad, la vulnerabilidad, la dañabilidad, la interdependencia, la exposición, la persistencia corporal” (p. 15). Nos dice (*id.*):

[e]l ‘ser’ del cuerpo al que se refiere esta ontología es un ser que siempre esta entregado a otros: a normas, a organizaciones sociales y políticas que se han desarrollado históricamente con el fin de maximizar la precariedad para unos y de minimizarla para otros.

Sus últimos escritos atestiguan lo que Sonia REVERTER-BAÑÓN (2017) ha denominado la ampliación de una teoría de la performatividad especial a una teoría de la performatividad general en Butler. Esta última contempla más explícitamente las condiciones invivibles y precarias de las zonas poblacionales excluidas por la norma social.

A esta altura la frase beauvoiriana “no se nace mujer, se llega a serlo”, que hemos conducido mediante consideraciones butlerianas hacia la afirmación de Alaska “no sólo no se nace mujer, sino que nunca se llega a serlo”, no debe interpretarse como un ataque hacia el movimiento feminista. Nuevamente, atacar la existencia esencial de ‘La Mujer’ no impide a Butler refigurar el feminismo como —en palabras, ya anunciadas, de Judith BUTLER (1992)— un “grupo de seres corporizados en la posición social de ‘mujeres’ que ahora, bajo el nombre de feminismo, tienen algo distinto que decir” (p. 75).

El recorrido trazado propone múltiples perspectivas de aproximarnos al género, cada una de ellas invoca diferentes dimensiones del cuerpo y, a su vez, cada una de éstas impacta en los criterios que participan en la delimitación de colectivos sociales como en sus modos de trazar estrategias políticas. Queda clara la superposición de planos en el análisis (teórico, epistemológico, otológico, político y ético), sólo delimitados —si es que esto fue posible— y delimitables para su análisis. El valor del camino trazado no reside en las conclusiones a las que no hemos arribado, sino en el recorrido mismo que nos enfrenta a un panorama complejo donde el desafío consiste en combatir la violencia de la norma —bajo sus términos y en sus dominios— sin renunciar al horizonte de que toda vida valga la pena ser vivida.

Referencias

BEAUVOIR, S. de (2007) *El segundo sexo*. Buenos Aires, Debolsillo.

BELOFF, H. (1992) “On Being Ordinary”, en *Feminism y Psychology*, volumen 2, número 3, pp. 424-6.

BOUCHER, J. (2003) “Betty Friedan and the Radical Past of Liberal Feminism”, en *New Politics*, volumen 9, número 3, pp. 23 y ss. Disponible en [<http://nova.wpunj.edu>] el 02.11.2017.

BOWLBY, R. (1987) “The Problem with No Name: Rereading Friedan's *The Feminine Mystique*”, en *Feminist Review*, volumen 27, otoño de 1987, pp. 61-75. Disponible en [<https://vitruvianman.wikispaces.com>] el 02.11.2017.

BURIN, M. y MELER, I. (1998) *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires, Paidós.

BUTLER, J. (1986) "Sex and Gender in Simone de Beauvoir's Second Sex", en *Yale French Studies*, volumen 72, pp. 35 y ss.

— (1989) "Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions", en *Journal of Philosophy*, volumen 86, pp. 601-7.

— (1992) "Problemas de los géneros, teoría feminista y discurso psicoanalítico", en NICHOLSON, L. (comp.) *Feminismo / Posmodernismo*. Buenos Aires, Feminaria.

— (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós.

— (2008) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires, Paidós.

— (2009) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires, Paidós.

CAMPAGNOLI, M. (2013) "La noción de *quiasmo* en Judith Butler: para una biopolítica positiva", en *Nómadas*, volumen 39, pp. 47-61. Disponible en [<http://www.scielo.org.co>] el 02.11.2017.

CARBY, H. V. (2012) "Mujeres blancas, ¡escuchad! El feminismo negro y los límites de la hermandad femenina", en AA.VV. *Feminismo negros. Una antología*. Madrid, Traficantes de sueños.

CARAVERO, A. (2009) *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona, Anthropos.

DAVIS, A. (2004) *Mujeres, raza y clase*. Madrid, Akal.

DE LAURETIS, T. (1996) "La tecnología del género", en *Mora*, volumen 2, pp. 6 y ss.

FEMENÍAS, M. (2015) "Posfundacionalismo y contingencia. Butler y el problema del sujeto", en Femenías, M. y Martínez, A. (comps.) *Judith Butler: las identidades del sujeto opaco*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).

FLAX, J. (1995) *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*. Madrid, Cátedra.

FOUCAULT, M. (2008a) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI.

— (2008b) *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol 1*. México, Siglo XXI.

- FRIEDAN, B. (1974) *La mística de la feminidad*. Madrid, Jucar.
- GLYNOS, J. (2000) "Sexual Identity, Identification and Difference: a Psychoanalytic Contribution to Discourse Theory", en *Philosophy y Social Criticism*, volumen 26, número 6, pp. 85-108.
- HALPERIN, D. (2000) "¿Hay una historia de la sexualidad?", en AA.VV. *Grafías de Eros. Historia, Género e Identidades Sexuales*. Buenos Aires, EDELP.
- HOOKS, b. (2000) *Feminist Theory: from Margin to Center*. Cambridge, South End Press.
- (2004) "Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista", en AA.VV. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid, Traficantes de sueños.
- IRIGARAY, L. (1995) "The Question of the Other", en *Yale French Studies*, volumen 87, pp. 7-19. Disponible en [<http://www.thinkphilosophy.org>] el 02.11.2017.
- (2007) *Espéculo de la otra mujer*. Madrid, Akal.
- (2009) *Ese sexo que no es uno*. Madrid, Akal.
- JACKLIN, C. (1992) "How My Heterosexuality Affects my Feminist Politics", en *Feminism y Psychology*, volumen 2, número 3, pp. 420 y ss.
- KITZINGER C., WILKINSON S. y PERKINS, R. (1992) "Theorizing Heterosexuality", en *Feminism y Psychology*, volumen 2, número 3, pp. 293 y ss.
- MANIFIESTO DE «RIVOLTA FEMMINILE» ([1970] 1990), en *Debate Feminista*, volumen 2, pp. 117 y ss.
- MONEY, J. y GREEN, R. (1969) *Transsexualism and Sex Reassignment*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- NICHOLSON, L. (1994) "Interpreting Gender", en *Signs*, volumen 20, número 1, pp. 79 y ss.
- POSADA KUBISSA, L. (2006). "Diferencia, identidad y feminismo: una aproximación al pensamiento de Luce Irigaray", en *LOGOS*, volumen 39, pp. 181 y ss.
- REVERTER-BAÑÓN, S. (2017) "Performatividad: la teoría especial y la general", *ISEGORÍA, Revista de Filosofía, Moral y Política*, volumen 56, enero-junio 2017, pp. 61-87. Disponible en [<http://isegoria.revistas.csic.es>] el 02.11.2017.
- RICH, A. (1980) "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en *Signs*, volumen 4, número 5, pp. 631 y ss. Disponible en [<http://www.weldd.org>] el 02.11.2017.

— (2009) "Prefacio a 'Heterosexualidad obligatorio y existencia lesbiana' (1980-1982)", en Mérida Jiménez, R. (ed.) *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. Barcelona, Icaria.

ROWBOTHAM, S. (1977) *Mundo de hombre, conciencia de mujer*. Madrid, Debate.

RUBIN, G. (1986) "El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del sexo", en *Nueva Antropología*, volumen VIII, número 30, pp. 95-145. México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en [<http://www.caladona.org>] el 02.11.2017.

SANTA CRUZ, M. (1994) "Sobre mujeres e igualdad o por qué todos somos iguales pero algunos son más iguales que otras", en AA.VV. *Mujeres y Filosofía (I). Teoría filosófica de Género*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

STOLLER, R. (1985) *Presentations of Gender*. New Haven, Yale University Press.

YUVAL-DAVIS, N. (2011) "Beyond the Recognition and Re-Distribution Dichotomy: Intersectionality and Stratification", en Lutz, H., Herrera Vivar, M. y Supik, L. (eds.) *Framing Intersectionality*. Farnham, Ashgate.

ZIGA, I. (2014) "Gran surtido en géneros", en *Parole de queer*. Disponible en [<http://paroledequeer.blogspot.com.ar>] el 11.07.2017.